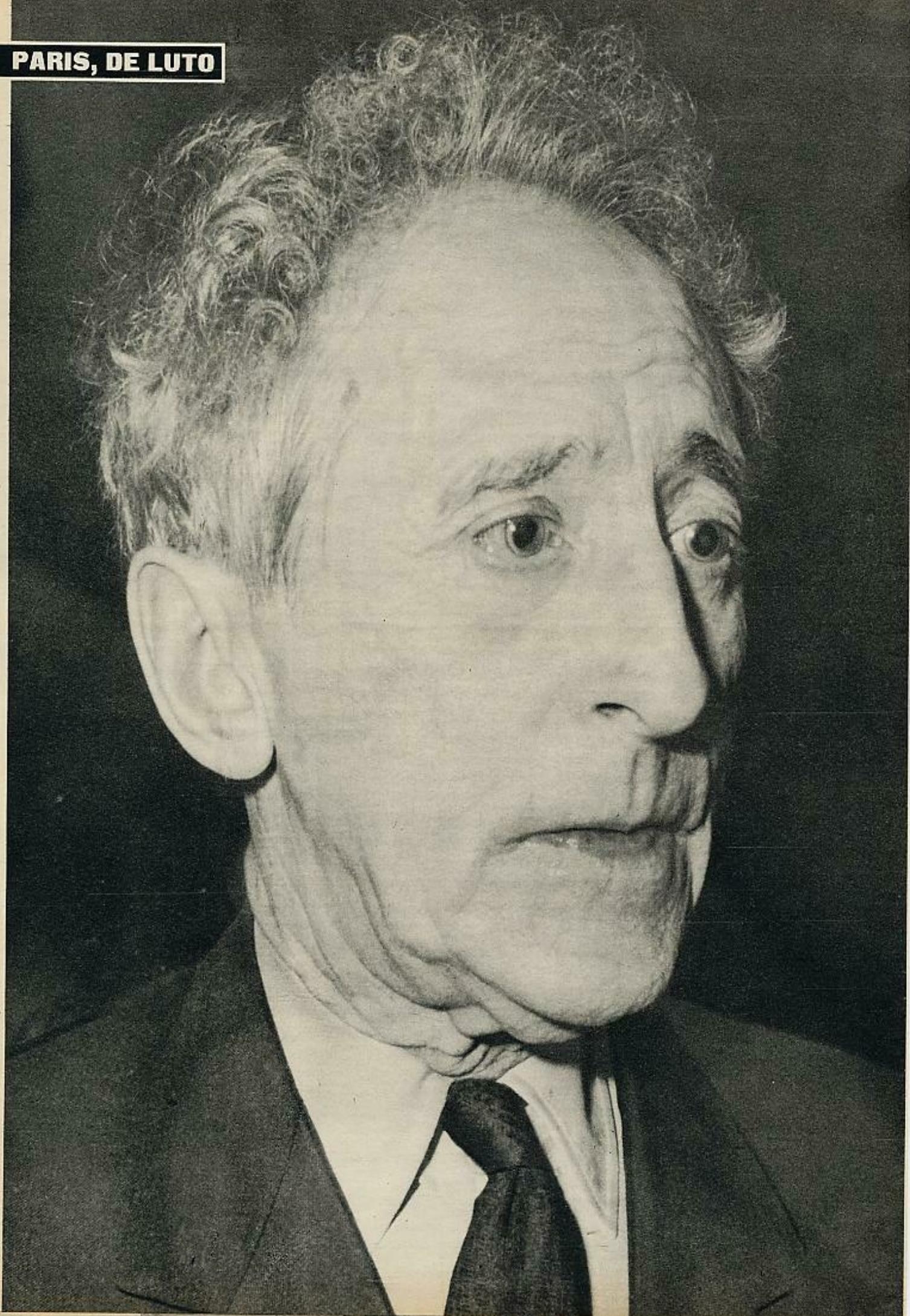


PARIS, DE LUTO



COCTEAU

EN LA REGION DEL RECUERDO



Jean Cocteau había pasado de «enfant terrible» a «monstruo sagrado». Su estética era ya aceptada como normal. En la foto, con Orson Welles y Jean Marais al regreso de un festival de Cannes.



«Modisto del espíritu nuevo», se le había llamado. Fue un poeta espléndidamente dotado, enraizado en Mallarmé, Baudelaire y Wilde. Aquí le vemos con sus grandes amigos Picasso y Luis Miguel.



Cocteau ha muerto de una dolencia cardíaca. Ya se había sentido enfermo hace unos meses. En la primavera pasada había sufrido una crisis. La foto fue realizada durante su convalecencia. Le acompaña su ama de llaves, Madeleine.

SERORAS y señores: la gran representación ha terminado. El autor, actor y director, todo en una pieza, Jean Cocteau, ha hecho mutis definitivamente, de forma sencilla y tranquila, es decir, todo lo contrario de su vida. Las representaciones —de gala, naturalmente, pues nunca las ha dado de otra clase— pasan a la historia, convertidas en mito, al menos durante algún tiempo.

Desde hace años, Cocteau era uno de los grandes espectáculos de París, apto para turistas y nativos del gran mundo, y perenne asombro de la clase media, ya tranquilizada ante su insólita trayectoria. De «enfant terrible» había pasado a «monstruo sagrado» con espada y casaca de académico, pero hacía ya tiempo que bailaba en la cuerda floja de los nuevos tiempos y la estética un día rebelde, hoy aceptada como normal y un tanto envejecida. Se mantenía con sólo su ingenio y ese especial mimo y cuidadoso trato que Francia da a sus figuras históricas.

Sobre Cocteau se ha escrito mucho, quizá en exceso, lo que prueba su desbordante actividad vital, su estruendo, pero también su importancia: no se puede permanecer tanto tiempo en primera fila si no hay algo de verdad dentro. ¡Cuántos globos publicitarios se desinflan en silencio, en literatura y en todo, al no haber dentro más que aire! Con Cocteau se puede estar de acuerdo o no, se puede discrepar en algunas o en muchas cosas —manteniéndole siempre para juzgarle en su época histórica—, pero no se le puede negar una inmensa valía de poeta que es, en definitiva, lo que ha sido toda su vida. No en balde ha dividido su obra en «Poesías», «Poesía de novelas», «Poesía de teatros», «Poesía gráfica» y «Poesía de cine»: todo poesía, en suma.

Pero Narciso, enamorado de sí mismo, abandona con frecuencia la presa por una sombra. Cocteau, epaje impertinente de los Campos Elíseos, «modisto del espíritu nuevo», como se le ha llamado, ha sido un gran poeta espléndidamente dotado, enraizado en Mallarmé, Baudelaire y Wilde, que se sentía lo bastante ríco para tirar por la borda su signo dieciochesco y jugar al hijo pródigo. En cierta ocasión, con motivo de publicar un libro sobre su vuelta al mundo, el gran crítico André Rousseaux comentó ácida y certeramente: «Jean Cocteau ha dado la vuelta al mundo. Hasta ahora, era el mundo el que daba vueltas a su alrededor».

Ahora, ha rendido su último viaje, sin pirueta de ninguna clase y París, esa ciudad incomparable, le ha rendido un tributo silencioso: «Un poema —había escrito— debe perder, una a una, todas las cuerdas que lo retienen en lo que le motiva. Cada vez que el poeta corta una de ellas, su corazón late. Cuando corta la última, el poema se desprende, asciende solo, como un globo, bello en sí y sin ningún lazo con la tierra...» Esto es, exactamente, lo que le ha ocurrido a Jean Cocteau, ascendiendo a la región del recuerdo.